

nocieron la obra de Dios, pues el brazo de la virgen no tenía ni una ligera quemadura!

El alma cristiana es como el oro, que cuanto más lo prueba el fuego de las tribulaciones, tanto más resplandece su brillo.

CAPITULO VIII.

LOS ÁNGELES.

Liduvina es consolada.—Su ángel custodio.—La virgen lo mira.—Tiernas conversaciones.—Otros ángeles acuden.—Un feliz miércoles de Ceniza.—El gozoso festín, el espantoso incendio y el milagroso bastón.—Oh! yo también quería ver á vuestro ángel!

Así se iban pasando los años sin traer otro cambio en la triste situación de Liduvina que un lamentable aumento de males. Mas es justo, y ya es tiempo de decirlo: el Señor que hacía llover el maná á los pasos de su pueblo en el desierto, el Dios siempre fiel, la sostenía en el rudo camino por donde la había conducido, comunicándole con amorosa liberalidad el pan de las celestiales consolaciones.

En efecto, el alma de Liduvina sobreabundaba habitualmente en inefables alegrías. «Es cierto (decía algunas veces cuando la preguntaban) sí; yo lo confieso, de la mesa de mi Señor caen migajas que yo no merezco, delicias que embriagan de dicha á la pobre Cananea, y sin las cuales no podría dejar de morir! Ah! en viendo mis llagas me juzgais muy desgraciada! mas

es porque sólo veis la cruz que llevo; que si percibiérais la mano divina que me aligera la carga, si pudiéseis ver la unción interior que me consuela, ciertamente que me tendríais envidia. . . . nó, nó; yo no cambiaría mis dolores y mis llagas por todos vuestros placeres y alegrías!» Y era muy cierto cuanto decía la dichosa crucificada; por eso su tristeza era grande cuando le faltaban esas consolaciones. Entonces veíasela deshacerse en lágrimas: «Dios mio! exclamaba, doblad mis padecimientos tanto cuanto os agradare, multiplicad mis tormentos, pero no os alejéis vos! no me ocultéis vuestro rostro adorable!» Y de hecho, para acrecentar sus méritos con su amor, el Señor de tiempo en tiempo parecía abandonarla; Jesucristo no hablaba mas á su corazón; y á las divinas caricias, sucedían las frialdades de la mas horrible ausencia. El buen Maestro hacía como la madre que se oculta un instante para conocer el amor que le tiene su tierno niño.

Aun cuando la santa era probada de esta suerte, no le quitaba Dios todos los consuelos, pues encontraba en su piedad mil recursos, con los cuales, le venían aun dulces goces del cielo. Contaba sobre todo con un admirable recurso del que no podemos dejar de hablar, y al que acudía siempre sin que jamás le faltase; este era su devoción al Angel custodio, á quien honraba con tal fervor, que Dios se complacía en recompensarlo por las mas admirables comunicaciones. Cuando llegaban, pues, sus amorosas tristezas, se dirigía á su buen ángel, llamándole con la sencillez de una niña, y oh tierna maravilla! el ángel acudía luego y se le mostraba visiblemente; entonces la santa le daba los nombres mas dulces, le hablaba como se le habla á un amigo en cuyo corazón se descansa; le contaba sus tristezas, sus esperanzas, sus deseos y su amor para

con Jesús mas y mas ardiente cada dia, y le hablaba de esta manera: "Habladme, ángel mio, habladme, pues, oh hermano mio! dadme nuevas de mi Bien Amado! Qué hace él en esta hora? ¿os habla de mí, y y creéis vos que me ama todavía? no os ha dicho si me llamará muy pronto á su real morada? Oh! si fuese á prolongar largo tiempo todavía mi doloroso destierro, qué sería de mí? Vos veis que él me ha herido con un dardo de su dulce amor, y que el fuego de su divina caridad me consume á tal grado que me siento morir! ¿Por qué no tiene su Majestad compasión de mí? ¿Por ventura le abandonaría yo así si me fuera fácil atraerle á mi alma como á él le es fácil atraerme á su corazón? ¿Acaso habrá para mí descanso y alegría ni un sólo instante, hasta que mi alma devorada de la sed de poseerle sea saciada sin medida, ó mas bien se vea enteramente sumergida en la inmensidad de su amor?"

"Oh ángel, hermano mio! oh mi guía fiel! vos que podeis á toda hora ver á mi adorable Esposo y hablarle, partid pues! Vos á quien la carne no aprisiona! libre y dichoso atravesad como un dardo la inmensidad del espacio! Sí; id pronto! con el vuelo mas rápido de vuestras alas volved á mi Jesús y saludadle por mí! decidle mis penas y mis deseos: decidle que el corazón de su esposa es un jardín para siempre cerrado á otro amor que no sea el suyo. Y muy pronto, oh mi buen ángel! traedme su respuesta; necesito que me conteste aunque sea una sola palabra! Y pues que vais á ver la hermosa mansión en la que reinan los escogidos, saludad por mí á María, la inmaculada Madre del Amado de mi alma, á los ángeles vuestros hermanos, á los patriarcas, apóstoles y mártires, y sobre todo á las vírgenes mis hermanas, rogándoles á todos

que intercedan por mí para que vaya muy pronto á gozar de su misma felicidad!"

Así se exhalaba la santa tristeza de la virgen, que después se recogía en el silencio de su alma, segura de que su mensaje sería recibido, esperaba el retorno de su ángel, atenta para oír la respuesta que iba á traerle, y su esperanza no quedaba frustrada, pues pronto el celestial mensajero volvía á darle cuenta de su comisión; y le decía:

"Regocijate, bienaventurada esposa del Señor tu Maestro! Su Majestad ha recibido tus saluciones, tu amor ha conmovido su corazón, y quiere que te asegure de su divina ternura. Mas oh amada hermanita, tus desfallecimientos lo contristan. Nó, nó; me ha dicho: yo no quiero que mi muy amada esté desolada, pues ya me volverá á ver; volveré á consolarla, y su corazón descansará aun sobre el mio. Que tenga, pues, valor! los dias de la prueba terminarán; y cuanto mas amor habrá mostrado, mas gloria conquistará, porque habrá pasado por donde yo he pasado, puesto que he sido yo también abandonado y he padecido horribles tormentos." Por lo demás, oh hermana mia, yo sé que tu destierro no será muy largo, pues el Esposo vá á venir muy pronto á tomarte en sus brazos y á llevarte á su real morada para colocarte en su trono! Oh la mas dichosa de las esposas, tén una poca de paciencia, y he aquí que vendrá el que tú amas! ya se está preparando: ya la augusta Reina y su cándida comitiva de vírgenes puras, los ángeles y los patriarcas, los profetas y los apóstoles, los pontífices y los mártires, toda la asamblea de los cielos se levanta y avanza! Los perfumes se queman, los senderos del jardín eterno se embalsaman con su aroma; y he aquí el palacio de los gozos sin fin, que se entreabre para recibirte. . . . es

tu Esposo el que llega. . . . Oh! ven! te dirá el Rey de los reyes; ven. oh esposa mia, oh hija del Líbano, oh mi bien amada! ven para coronarte!" Y los ángeles entonces entonarán sus mas hermosos cánticos, y los santos estarán llenos de alegría, y todos los reyes del cielo, todos los hijos de Dios tendrán á honor el servirte, y te dirán: "Ahora sí, hermana nuestra, come y bebe en este festín de tus bodas divinas! embriágate con el torrente de las eternas delicias! oh amadísima esposa del Señor nuestro Dios!"

Tales eran las conversaciones que tenía Liduvina con su ángel, de las cuales salía siempre mas fuerte, mas resuelta á sufrir con paciencia, mas abrasada de amor y mas dispuesta á sufrir nuevos tormentos! Señor, decía entonces la virgen, mi corazón está preparado! Golpead, herid como os agrada, que en medio de los tormentos yo cantaré un himno á gloria vuestra, pues que yo veo cerca el dia de mi salud!"

Y no solamente Liduvina conversaba así con su buen ángel, mas por una gracia especial de la bondad de Dios, le veía y le oía exteriormente como se ve y se oye á una criatura humana, y aun algunas veces recibía de él los servicios de que tenía necesidad. Otros ángeles también venían á visitarla, y cosa maravillosa! á todos los conocía, daba á cada uno de ellos el nombre que le pertenecía, y sabía hasta el nombre de las almas cuya guarda les estaba confiada. Esos ángeles se le aparecían bajo la forma de jóvenes de deslumbrante hermosura, portando en la frente una cruz luminosa, cuyo sólo reflejo arrojaba tal claridad, que daba á su figura un esplendor que eclipsaba la magnificencia misma del astro de los cielos. Esta cruz, decía Liduvina, era la que los distinguía de los demonios, porque los espíritus de tinieblas, aun cuando se

transformen en ángeles de luz, no se atreven, ó más bien no pueden jamás llevar consigo el signo adorable de nuestra salvación."

Esas deliciosas conversaciones y la dulce visión de los ángeles le eran habituales, aunque se veía privada de ellas algunas veces, por ejemplo, cuando había tenido visitas muy numerosas ó profundadas; ¡tan difícil es aun al alma más pura no tomar un poco de polvo mundano al contacto del mundo! Liduvina á los principios no se daba cuenta de las imperfecciones que podían escapársele entonces; mas sus ángeles fieles no habían tardado en instruirla y en hacerle conocer su miseria. Por ligeras que fuesen esas imperfecciones bastaban para poner un velo entre ella y los espíritus puros, á quienes no oía más, ni podía ver! Entonces, según el consejo que le habían dado, pronto purificaba su alma de las menores manchas con una humilde confesión, é inmediatamente venía una multitud de ángeles que continuaban esas dulces conversaciones!

Nada hay tan tierno, como el ministerio de bondad y de solicitud que esos bienaventurados espíritus llevaban hasta en los más pequeños detalles para con su hermana predilecta. Por ejemplo, todos los años en el dia de Ceniza, Liduvina gustaba recibir en su frente aquel polvo que para nuestra enseñanza nos recuerda la muerte! Mas algunas veces el sacerdote á quien llamaba, tardaba en venir, y entonces el buen ángel le daba este piadoso consuelo. Una vez, en tal dia, vino su confesor sin ser llamado, á preguntarle si quería la ceniza.—Padre mio, contestó Liduvina, ya la he recibido.—Pues quién os la ha traído?—Mi buen ángel, Padre mio, gracias á la divina bondad.—Cómo! vuestro buen ángel os ha puesto la ceniza?—Padre mio,

tocad mi frente y ved si os digo verdad." En efecto, el sacerdote le encontró la ceniza, y sorprendido aunque no satisfecho, en el acto hizo en toda la casa una severa información, mas después volvió pidiendo como una gracia y obteniendo como un favor un poco de esas cenizas veneradas, que piadosamente puso en su frente.

He aquí otra maravilla, y un testimonio de esta solicitud del buen ángel de Liduvina. El año de 1428 los pescadores de Squidam debiendo echarse en el mar para la pesca del arenque, habían hecho según su costumbre un gran festín la víspera de su embarque. La fiesta había sido completa y los adioses se habían celebrado alegremente. Mas en la noche olvidáronse de apagar, ó más bien cubrieron mal el fuego cuyas chispas se escaparon. . . . A las once de la noche el fuego estalló, y muy pronto se levantó un incendio horroroso! La mañana siguiente, casi toda la ciudad estaba incendiada; la iglesia, el convento y calles enteras no eran más que un montón de cenizas ó de ruinas, y el incendio como un torrente avanzaba sin cesar! el espanto había llegado á su colmo. Sacaban de las casas á los niños, ancianos y enfermos, y corrieron á la casa de Liduvina, la cual según veremos en otra parte, había predicho este incendio como un castigo de Dios, y sabía que las llamas no llegarían hasta su casa, por lo cual no quiso salir de ella. Entonces, contra su voluntad, quitaron el cielo y la madera. . . . menos su lecho, y algunas tablas que forzosamente dejaron sobre su cabeza como defensa contra los rayos del sol que con sus ardores la hacían verter sangre de los ojos. Después quitando todo lo que podía servir de alimento al fuego, cerraron herméticamente sus cortinas, y se fueron corriendo al foco del

incendio, quedando la pobre enferma abandonada y absolutamente sola.

Dia fué éste para Liduvina, horroroso, pues era el mes de Julio; al calor tan horrible se juntaba una fiebre de las más violentas. Llegó la noche, y nadie pareció, pues hermanos, parientes y amigos, todos trabajaban siempre en el teatro de la espantosa catástrofe. Entre tanto, la desgraciada enferma se hallaba sola; su lecho cerrado con mucho cuidado, parecía un horno en el cual se sofocaba. Para darse un poco de aire ménos caliente, quiso abrir las cortinas con su mano izquierda, única que podía mover, y buscando el ligero bastón ó caña que tenía siempre cerca y sin el cual le era imposible abrir las cortinas, nada encontró y en vano le buscaba, pues había desaparecido. "Ah, dijo, sin duda esos hombres que han venido y todo lo han trastornado en mi aposento, lo han llevado lejos." Y lloró de aflicción en la impotencia en que estaba de hacer el menor movimiento que le permitiése tocar las cortinas; le era preciso permanecer toda la noche inmóvil, abandonada en aquel lecho cerrado como un sepulcro!

En medio de ésta angustia se le mostró su ángel que le dijo: "Hermana mía, consolaos," y desapareció; más en el mismo instante la virgen sintió sobre sí un objeto puesto transversalmente, y admirada lleva á él la mano; más oh sorpresa! era un bastón lo que había tocado! Es cierto que ese madero pesado é informe era muy diferente de la ligera caña que tan fácilmente manejaba! Mas en fin que importaba? con más dificultad puede servirse de él; abre con él sus cortinas, y pasa ménos mal ésta triste noche dando gracias á su buen ángel que sin duda había tenido especiales designios al traerle un bastón tan pesado.

El día siguiente vino á verla su confesor y Liduvina le rogó que le hiciese adelgazar ese madero, sin decirle de donde venía, de modo que quedase manejable y ligero, á lo cual el oficioso confesor se comprometió voluntariamente. Mas un hecho extraño pasó, y el confesor, los obreros y los asistentes, todos observaron dos cosas inexplicables; la 1ª, que ese bastón era de una madera absolutamente desconocida en el país; la 2ª, que á medida que lo adelgazaban se exhalaba de él un olor delicioso . . . al grado que entre el sacerdote y los diversos obreros que fueron llamados, se excitó una piadosa disputa con motivo á las reliquias perfumadas de ese madero misterioso queriendo cada uno de ellos apropiarse la mayor parte. (*)

Y cosa aun más admirable! ese nuevo bastón hecho

(*) En la vida de Sor Ana Catarina Emmerich, escrita en alemán por el P. Schmaeger, redentorista, y traducida al francés por el canónigo Cazalés, hay un trozo que explica más el origen de ese bastón maravilloso que recibió Liduvina, y nos ha parecido conveniente trasladarlo aquí. Se expresa, pues, de esta suerte:

«Guardaba consigo Liduvina, una caña seca de cáñamo, ligera y fuerte á la vez, para manejarla con la mano izquierda, y poder descender las cortinas de su lecho, dando entrada al aire fresco que refrigerara el ardor de la fiebre que la consumía. Esa caña se perdió con ocasión de un incendio que hubo en Squidam; y de aquí es que en la noche del 22 al 23 de Julio del año de 1428, no podía de ningún modo procurarse el alivio del aire, ni había persona alguna que recorriese las cortinas. Entonces su ángel le prometió su asistencia, y bien pronto sintió que le pusieron suavemente, al través de sus coberturas, un bastón de madera del largo de una vara. Al probar de cogerlo, no tuvo en la mano fuerza bastante para levantarlo, lo que le hizo decir: «heme aduí bien provista de bastón.» Al otro día por la

ligero y entregado á Liduvina para su uso, hallóse dotado de una virtud digna de su origen, pues bastaba aproximarle á los energúmenos para hacer huir al ángel del mal que los poseía. De modo que todos querían ver y oler ese madero maravilloso . . . Mas sucedió que un día, habiéndolo tomado un libertino con sus manos impuras, en el acto perdió su virtud y su misterioso perfume!

Concluyamos con el último rasgo. Todas esas maravillas habían encendido en el corazón de una piadosa viuda, un ardiente deseo: «Oh! decía á nuestra santa, yo quisiera ver á vuestro ángel, á ese ángel tan bueno que vos veis con vuestros ojos; sí, Liduvina, pedid á Dios que me permita también á mí el contemplarle!» y con tanta instancia solicitó y suplicó, que

mañana, rogó á su confesor que le mandáse adelgazar aquel madero; mas apenas se pudo con fierros afilados arrancarle algunos fragmentos que derramaban un olor delicioso; de suerte que ya no quiso el confesor que siguieran raspando aquel maravilloso madero. Devolviólo en seguida á Liduvina, que sólo supo decir haberlo recibido de su ángel. El día 8 de Agosto, fiesta de San Ciriaco, la piadosa virgen fué arrebatada otra vez por el ángel al paraíso terrenal; llevóla cerca de un cedro que se elevaba á la entrada del jardín, y le enseñó el brazo de que había cortado para ella aquella rama, reprochándole el que no hubiése apreciado bastante tan precioso obsequio que tenía la virtud de arrojar al demonio de los posesos. Largo tiempo hizo uso Liduvina de ese ramo ó vara que al fin perdió su aroma al contacto de una mano impura. En otra visita al paraíso hecha el 6 de Diciembre del mismo año, una palma cargada de dátiles la proveyó del alimento que debía fortalecerla, y aquellos magníficos frutos le parecían tener las semillas brillantes en el interior como consta, etc.»

la santa se conmovió. "Pues bien! sí, le respondió un día, sí, mi querida Catarina, ya lo he pedido á Dios y quiere escucharos. Cerrad la puerta, añadió, recogeos y preparad bien vuestra alma. . . . ve aquí que el ángel de Dios va á venir." Y entonces apareció el ángel; era un niño el más hermoso que hubiera visto jamás criatura humana: sus blancos vestidos eclipsaban la claridad de la nieve, y relucía en su frente como el brillo de un astro. . . . La pobre mujer, inmóvil, sin decir palabra, mas como embriagada, creíase ya en el cielo! Además, sin ver á ninguna persona veía una multitud de manos extendidas hacia la santa, como pidiendo una limosna. "Hermano mio, ángel, dijo en ese momento Liduvina, honrad á mi hermana con una de vuestras miradas, dejándole ver el celestial esplendor de vuestros ojos." Inmediatamente el ángel vió á la piadosa viuda, mas con una mirada tan inefable y tan dulce, con una mirada con la cual sintió tan ardiente impresión de dicha, que durante algún tiempo desdeñando todo alimento no podía hacer más que llorar. . . . y hubiera querido morir!

"Yo no conozco, decía muchas veces Liduvina, ninguna amargura ó angustia de corazón, que una sola mirada de mi ángel no disipe fácilmente, como los rayos del sol disipan el rocío de la mañana." Oh! cuál será pues nuestra dicha en la patria, en el seno de Aquel que sólo es la vida y la hermosura, si la vista del menor de sus siervos basta para embriagar aquí y cambiar en alegría nuestros dolores!

Entre los ángeles y los hombres hay un parentesco y un lazo que los une, y es la virginidad. Siempre y realmente, una alma pura viene á ser hermana de los ángeles.

CAPITULO IX.

PROGRESO ESPIRITUAL.

Pobreza de Liduvina.—Rico es el que se contenta con lo que tiene.—Oferta que hace un gran Señor á la virgen.—Su penitencia, su humildad y dulzura.—Hermosa explicación que dá de la acción de las tres Personas de la Santísima Trinidad en la Encarnación del divino Verbo.—Una mujer de mala vida la escupe.—Cómo soporta los defectos de los otros.—El Duque Juan de Baviera.—Obediencia.—Pureza.

Dios nada nos envía, dolores ó consuelos, sin que sean de su parte una gracia amorosa. Y no siendo toda gracia en sus misericordiosos designios mas que un socorro puesto á nuestra disposición para hacernos llegar á la santificación, y por ella á la salvación, es evidente que las cruces así como los beneficios, deben hacernos mejores, tendiendo á una vida más y más fecunda en obras de santidad.

Así lo comprendía Liduvina, y su corazón regado con las aguas de la tribulación y vivificado por algunos rayos de alegría que el cielo le enviaba, se embellecía de día en día semejante á un fértil jardín en el cual las más suaves virtudes se abrían como otras tantas flores hermosas y admirables. Contemplemos estas flores celestiales, estas espléndidas virtudes de Liduvina, para embalsamar nuestra alma con su benéfico perfume.

Ya conocemos su pobreza, la cual era en ella una virtud real y elevada, no como esa pobreza forzada,

impaciente, devorada de pesares y codicias, insumisa, que siempre murmura y se queja. Era una pobreza aceptada voluntariamente, llevada con gozo, bendita, amada, que formaba su dicha, y de la cual no quería prescindir. A veces su penuria era extremada, y cuando le decían, ¿os falta alguna cosa? "gracias á Dios, respondía, á mí nada me falta."—Cómo! le dijeron un día con envidia unas mujeres que le oían dar esta respuesta: ¿por ventura no sabemos bien que careceis de todo? lo que decís es una mentira culpable!—"perdón, hermanas mías, respondió la humilde sierva de Jesús, mas yo creo decir con eso la verdad, porque el ser rico es saber contentarse uno con lo que tiene. Es cierto que yo no tengo plata ni oro, ni las delicias de los que el mundo llama dichosos; mas á lo ménos tengo como ellos ó tanto más que ellos la abundancia de las miserias de la vida. . . . y ésta es una abundancia, y una riqueza como cualquiera otra, la cual me basta, y por lo que doy gracias á Dios de todo mi corazón." Habiendo venido á visitarla un opulento señor de Flandes, y ofreciéndole hacer construir para ella una hermosa casa en lugar del triste aposento en que sentía verla tan mal alojada, la santa respondió: "nó, hermano mio, os lo agradezco, Señor, mas no acepto vuestra oferta, pues quiero morir en este aposento, y no tendré otra habitación mientras viva. Oh! añadió, si alguno después de mi muerte quisiere transformar esta casa en un hospital para los pobres, con toda mi alma bendigo tal obra, y pido á Dios que la recompense liberalmente." Este buen deseo vino á ser como una profecía, que después de la muerte de la virgen, realizaba un médico tan piadoso como ilustre, Guillermo, hijo del célebre Sonder-Dank, del que hemos antes hablado.

Mas pasemos, de la santa pobreza de Liduvina á los rígores de su penitencia. Aquí no tenemos mas que recoger en un solo cuadro cuanto hasta aquí habemos dicho. Qué penitencia! qué vida de nuestra santa! Esta casa baja, húmeda y fría, ese miserable retrete en donde el sol puede apenas hacer penetrar sus rayos consoladores: ese cuartito mas semejante á un sepulcro que á un aposento habitado por los vivos; esos harapos llenos de sangre, y ese cuerpo débil recostado en la paja, devorado por un continuo martirio y cayendo á pedazos; ese cinto de crines añadiendo sus llagas y tormentos á tantos otros tormentos, toda la pobre criatura, quebrantada, deforme, crucificada, sin tener otro alivio que sus torturas, ni otra recreación que sus lágrimas, ni otro festín que sus dolores, ni mas convidados que los gusanos: en una palabra, esta agonía sobrehumana que dura más de diez años, y después sigue otros veinte, y que nunca de ello se queja sino que ama á Dios y le bendice, que sabe aun sonreír á los hombres y hacerles bien. . . . Sí: todo esto confunde, trastorna al alma y la arroja en una especie de sueño febril que la hace exclamar espantada: Dios mio! Dios mio! Esto nos hace preguntar: "¿Hay acaso un santo ó un mártir que haya hecho mas rigurosa penitencia, ó que haya padecido mas admirablemente?"

Ved ahora en nuestra virgen otras virtudes que se mezclan y confunden como una sóla, prestándose mutuamente su encanto tan atractivo: la humildad, la virtud por excelencia, sin la cual no hay otra alguna, y á cuyo rededor vienen á agruparse la dulzura y la paciencia, esas dos virtudes que florecen siempre á la sombra de la humildad.

En efecto; Liduvina era tan humilde, que le tenía

horror á los honores como en el mundo se les tiene horror á las humillaciones, y amaba los abatimientos con más pasión de la que se encuentra en el mundo para buscar la gloria; y así lo muestra la historia entera de su vida. La multitud, y el empeño, los respetos que llegaban á ella la horrorizaban y espantábase sobre todo de las luces, gracias y privilegios extraordinarios con que Dios se dignaba honrarla, de suerte que si la obediencia y la caridad se lo hubiesen permitido, no habríamos jamás conocido multitud de prodigios obrados en ella! mas citemos á lo ménos, sin anticipar los hechos, una circunstancia en que la humildad de nuestra santa tuvo mucho que sufrir.

Un dia llegó á visitarla un gran doctor, profesor de Teología, religioso de los más distinguidos de la Orden de Santo Domingo, el cual había oido hablar de Liduvina de diversas maneras, pues unos le habían elogiado sus luces; y otros la habían despreciado como una ignorante. El doctor quiso juzgar por sí mismo; y con este fin vino de Maestricht. Tuvo pues con ella una larga conferencia sobre una multitud de asuntos, después de los cuales le hizo esta pregunta: "Liduvina, le dijo, deseo saber de qué manera las tres Personas de la Santísima Trinidad han obrado en el seno de la gloriosa Virgen María, la Encarnación del Verbo divino; exijo que me digais lo que pensais acerca de esto."—Yo! dijo la piadosa enferma, alarmada del peligro que corría su humildad; yo, Padre mio! y defendíase entonces con excesiva vivacidad; mas nada le aprovechó, aunque objetó su nada, su profunda ignorancia, y la profundidad de tal cuestión. "Yo lo quiero, os repito, replicó el doctor casi con amargura, y si es preciso, aun os conjuro por el temible juicio de Dios, á que me respondais." A una prescripción tan

solemne no había ya que replicar; y así la pobre joven se puso á llorar con tanta afición que el doctor se sintió profundamente conmovido; mas permaneció inflexible, y fué preciso obedecerle. "Pues bien, Padre mio, dijo Liduvina ruborizándose, voy á procurar hacerlo; para explicar mejor mi pensamiento, me valdré de una comparación, yo supongo, pues, un cuerpo solar de donde parten tres rayos distintos, que en seguida se reunen de tal manera que no forman mas que uno solo; supongo además, que esos tres rayos muy anchos al salir del cuerpo solar, van disminuyendo á medida que se alejan hasta no formar en su extremidad mas que una punta aguda é indivisible como la de una lanza. Pues esta punta única, formada de los tres rayos, mírola penetrar en el interior de una humilde casa, en la cual va á producir la luz y la vida. Vos, Padre mio, habreis comprendido bien mi pensamiento: entiendo por ese cuerpo solar, la gloriosísima Divinidad; por los tres rayos distintos que salen de ese sol, las tres Personas que emanan de la esencia divina, por la dirección de esos rayos hacia un mismo término, la operación común á las tres adorables Personas en la Encarnación del Verbo divino. Después, cuando los tres rayos se reunen en una sola punta, contemplo en eso la unidad de operación á la que concurren las tres divinas Personas, y esta punta misma, ese rayo extremo formado de los tres rayos, es para mí, la imagen del Verbo que termina en la Encarnación, bien que ésta sea obra de las tres Personas juntas. Después de esto, Padre mio ¿qué necesidad tengo de decirlo? La humilde morada de que he hablado, es el casto seno de María, en el que el Verbo hace su divina entrada, y se digna unir á su propia substancia, la substancia más pura de la augusta Virgen, sin partir su persona-

lidad, de modo que después de esta unión hay en El dos naturalezas y una sola Persona, que es la adorable Persona del Hijo de Dios! he aquí, Padre mio, lo que yo puedo deciros en esta materia.» A esta respuesta, el sabio dominico quedó tan admirado, que se puso á decir con entusiasmo delante de todos, quo no había encontrado jamás en ningún teólogo una figura de este misterio más exacta y luminosa. La humilde Liduvina, con esto se asustó todavía más. «Padre mio, exclamó llorando, tened compasión de mí; yo no soy nada, nada; no hay en mí más que miseria, miserias y pecado, ved mi debilidad y no volvais jamás á ocuparos de mí! Pero por más que ella deseaba el secreto, el religioso edificado se complacía en publicar su respuesta en todas partes; y el que había venido á visitarla con precauciones, hízose desde aquel dia su más ardiente panegirista y su más adicto defensor. Pero, aparte de la humildad que huye los aplausos y tiene temor de todo esplendor mundano, había en Liduvina, otra humildad más rara y más meritoria, como más difícil, y que practicaba admirablemente: la humildad que es dulce y paciente, es decir, que no sólo sabe aceptar sonriendo la enfermedad ó la aflicción, sino que llega hasta permanecer tranquila y serena ante un desprecio ó una injuria, ó una contradicción ó capricho de otro; que responde á la cólera con el amor, al insulto por el perdón, y al ódio por los beneficios! No le faltaban ocasiones de practicar esta virtud y ya habemos oido á las vecinas tratarla groseramente de engañadora é hipócrita, pudiendo citar otros muchos ejemplos, de los cuales vamos á referir uno ú otro.

Cierta mujer de mala vida entró un dia en casa de la santa, en un estado de ira tan furiosa, que se hu-

biera dicho que era una hiena ó más bien un demonio desencadenado del infierno; al principio dirigió á Liduvina un torrente de reproches y de injurias de las más ofensivas, mas viendo que la enferma permanecía con todo tranquila, escupió cuatro veces el rostro de la santa esposa de Jesucristo, que quedó feamente manchado con tan inmundas salivas! mas como ni este nuevo ultraje pudo arrancar una queja á la humilde virgen, exasperada aquella fiera horrorosa, se puso á gritar como si le hubiesen hecho algún daño, y á tal grado, que los vecinos acudieron queriendo vengar á la santa; mas Liduvina detuvo la tempestad calmando aquella indignación, é hizo todavía más, pues la misma tarde de esa odiosa escena, envió secretamente un regalo á la proterva mujer. «Id, decía, al dar esta tierna comisión, llevadle este obsequio con mi bendición, pues no es mas que un deber lo que practico. ¿No debo tener reconocimiento para con los que me dan ocasión de practicar la caridad? y en verdad soy grandemente deudora para con esta amada hermana; repito, que lo que le envío es menos un presente que el pago de una deuda sagrada!»

Digámoslo de una vez: Liduvina encontraba frecuentes y amargas pruebas en el seno mismo de su familia. Uno de sus hermanos, al casarse, había traído una mujer melancólica bajo el techo paterno: era la criatura más discola que pudiera imaginarse, ella habría rivalizado con la misma mujer del Santo Job. Jamás estaba contenta: siempre y en todo, con razón ó sin ella, encontraba materia para quejarse, y entonces era un diluvio espantoso de palabras sin fin, y para aumento de males no hablaba en voz llana sino que gritaba hasta romper la cabeza. Sobre todo, para que no faltase nada á los encantos de su conversación,

tenía buen cuidado de sazonar sus graciosos discursos con injurias mas ó menos groseras. . . . en una palabra, era esa mujer un verdadero tirano, una especie de demonio doméstico que hacía á su alrededor numerosos mártires, y Liduvina estaba lejos de escapársele. No había ni angélica dulzura ni eminente santidad que pudiese hallar gracia á los ojos de aquella mujer: la dulce virgen era su víctima de predilección, y de casi todos los instantes. El Duque Juan de Baviera vino un dia bajo un buen disfraz á tratar con la santa de algunos negocios de conciencia, y la terrible mujer llegó repentinamente. No conociendo al Príncipe, como siempre, se puso á querellar y lo hizo tanto, tanto, y llegó á un diapason tan elevado, que el Príncipe molesto al fin llegó á decir ¿qué quiere pues esta locuaz golondrina, que ella sola turba toda la casa? semejante mujer es una calamidad. ¿Cómo podeis sufrirla Liduvina? Monseñor, respondió la santa, hay mucho provecho en soportar á las personas de ese carácter, pues ó se corrigen ganándolas á fuerza de paciencia, ó uno se perfecciona más y más por el ejercicio incesante que proporcionan á la virtud, ó á lo menos se evita el empujarlas á la exasperación que no haría mas que acabarlas de desencadenar.

El Príncipe, edificado, admiró esta respuesta, pero como tenía necesidad de silencio, dió á esta mujer algunas monedas para comprometerla á que callase á lo menos hasta su partida.

Cuántas otras virtudes podríamos mostrar aquí al lado de la humilde y dulce paciencia de nuestra Santa! Cuánto tendríamos que decir de su obediencia tan sobrenatural, tan entera, tan pronta y tan llena de abnegación! Y también, cuánto diríamos de esa belleza inmaculada, del corazón que guardaba con tan piadoso

escrúpulo, y que resplandecía en ella con tal esplendor, que así durante su vida como después de su muerte todos en Squidam sólo la llamaban *la virgen!*

Mas debiendo limitarnos nos apresuramos á llegar á una de sus virtudes que ha llenado y dominado toda su vida, virtud que es como el foco y la plenitud de todas las otras, estrechando en un mismo abrazo á Dios y á los hombres. . . . Queremos hablar de la caridad!

Abrid la puerta de vuestro corazón á una virtud, y muy pronto llamará ella á las otras, porque las virtudes son hermanas como lo son también todos los vicios!

CAPITULO X.

CARIDAD Ó AMÓR Á LOS POBRES.

Poder de la inspiración cristiana.—Pobre y crucificada, Liduvina es una providencia.—Santa milicia que organiza.—Los pobres son reyes!—La carne salada.—Una desgraciada epiléptica y el frasco de vino.—Seis varas de lienzo.—La bolsa de Jesús.—Una mujer caritativa maravillosamente consolada.—Beneficio inmediatamente correspondido.—Admirable visión en el cielo.

HAY en el cristianismo una actividad prodigiosa, una potencia inaudita de fecundidad que sólo basta para demostrar su carácter divino. Y es un espectáculo tan elocuente como sublime el que nos presenta cuando hace brotar los tesoros del seno de la pobreza